



EL OPERADOR

LA HISTORIA DEL SEAL QUE

MATÓ A OSAMA BIN LADEN

ROBERT O'NEILL

CRÍTICA

Robert O'Neill

El operador

La historia del SEAL
que mató a Bin Laden



Traducción castellana de Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2018

El operador. La historia del SEAL que mató a Osama bin Laden
Robert O'Neill

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The operator: firing the shots that killed Osama bin Laden and my years as a SEAL Team warrior*

© 2017 by Robert J. O'Neill LLC

© de la traducción, Efrén del Valle, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-17067-64-9
Depósito legal: B. 2754-2018
2018. Impreso y encuadernado en España por Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Capítulo 1

Le debo mi carrera como SEAL de la Armada a una chica. No soy el primero, y dudo que sea el último.

Era más joven que yo, una morena con cara de supermodelo, fantásticos movimientos de baile y un rápido sentido del humor que me conquistó. La primera vez que intenté besarla, cerré los ojos demasiado pronto y le oí decir:

—Eh, ¿qué haces?

—Voy a besarte.

—Si no me pides que salgamos, no —dijo ella.

—Entonces, ¿quieres salir mañana conmigo?

—Pasa a buscarme a las siete en punto —respondió. Luego me dio un beso mejor del que merecía y me fui a casa.

Al día siguiente la recogí a las siete en punto y, en mi línea habitual de derroche, la llevé a Taco Bell, donde pidió una ración grande de Nachos BellGrande y tres Tacos Supreme.

Una chica preciosa, una figura perfecta y el apetito de un leñador. Yo no sabía nada de la vida, pero creía estar enamorado.

Cuando terminé el instituto en Butte, Montana —la misma escuela en la que se habían graduado mi abuelo y mi padre—, y me inscribí en Montana Tech, la universidad local, esa chica seguía siendo estudiante de secundaria. Son esas cosas que pasan: cuando estás en la universidad no puedes salir con una chica de instituto. Así que puse distancia, pero no lograba sacármela de la cabeza. Ella siguió haciendo las cosas propias del instituto, salir con chicos y asistir

a bailes, que es lo que debía hacer. Pero yo lo quería todo: pasármelo bien y que ella me esperase. Estuve semanas consumiéndome de rabia hasta que finalmente estallé al enterarme de que había pasado el día con un compañero de estudios. Después de tomar un par de copas, fui a su casa para averiguar qué estaba ocurriendo y no tardé en quedar como un capullo.

Su padre, un italiano enorme con el pelo negro, un frondoso bigote y mandíbula prominente, era famoso en todo Butte por su dureza. Tenía una empresa que se dedicaba a levantar casas y trasladarlas enteras. Yo estaba convencido de que no tendría ningún problema para trasladarme a mí también, pero se apiadó. En lugar de dejarme inconsciente, lo cual habría estado más que justificado, me acompañó caballerosa pero firmemente hasta la puerta.

Esa amabilidad desencadenó una especie de viaje astral. Cuando apartó sus garras de mi brazo y me empujó en medio de la oscuridad, me vi a mí mismo desde la distancia. La imagen no era agradable. Me di cuenta de que si ahora actuaba así, solo podía ir a peor. Acabaría como esos tíos que se quedan para siempre en Butte lloriqueando por los viejos tiempos.

De modo que lo supe: tenía que irme.

Según mi limitada experiencia, la única manera en que la gente podía salir de Butte era alistándose en el ejército. Aunque no me lo había planteado nunca, en ese instante adquirí un compromiso. El futuro, el destino o lo que fuera pisó el acelerador.

En la actualidad, algunos podrían tildar mi infancia de «libre albedrío». Los sábados por la mañana salía por la puerta después de desayunar y no volvía hasta que se encendían las farolas de la calle. Los niños corrían por mi barrio en manada. Nos tendíamos emboscadas con pistolas de juguete y nos convertíamos en *ninja*, saltando por los tejados y haciendo locuras por las que ahora mataría a mis hijos. Fuimos todos al centro comercial Butte Plaza a ver *Rambo*. Estuvo muy bien. Todo el mundo quería ser aquel tío que acribillaba a los malos con su M60. Pero, para mí, era pura fantasía, tanto como los video-

juegos de guerra cada vez más sofisticados que competían por nuestra atención. El ejército nunca había sido un elemento importante en mi vida. No iba a formar parte de él, así que no pensaba demasiado en ello. Yo solo quería jugar, ponerme ropa de camuflaje y fingir que disparaba a mis amigos.

A primera vista, Butte no parece el lugar más ideal en el que crecer. Es una ciudad minera cuya mejor época fue a principios del siglo xx, cuando cada bala de cada rifle enviada allí durante la primera guerra mundial estaba hecha de cobre, en su mayoría extraído en Butte. La población alcanzó un máximo de 100.000 habitantes en 1920 y, cuando yo llegué, se había reducido aproximadamente en dos tercios. Las zonas residenciales se mezclaban con las canteras, y toda la ciudad estaba construida sobre una llanura situada junto a la mina más grande de todas, Berkeley Pit, una cantera inmensa y ya desaparecida de casi dos kilómetros de ancho y medio kilómetro de profundidad. Desde que se inauguró en 1955 hasta su cierre el Día de la Tierra de 1983, se habían sacado de sus entrañas mil millones de toneladas de minerales y roca residual. Cuando las bombas colectoras se apagaron por última vez, el agua de la superficie inició un lento ascenso que drenó ácidos y metales pesados de la enorme herida de la tierra. El agua que llenaba el foso era lo bastante tóxica para acabar con cualquier ganso que cometiera el error de chapotear en ella. Al final, el pozo de Berkeley fue declarado por Superfund como el mayor basurero tóxico del país.

Pero a mí me interesaban más otros elementos de Butte, concretamente, los aros de metal que colgaban a tres metros por encima del suelo del gimnasio y los ciervos, los alces y los antílopes que correteaban por las salvajes Montañas Rocosas, que se elevaban como un tsunami congelado al otro lado de la ciudad.

Mi padre, hijo de minero, era corredor de bolsa, y mi madre profesora de matemáticas (estuve en su clase tres veces: en séptimo y octavo curso y de nuevo en el instituto). Mis padres se divorciaron cuando yo tenía seis o siete años. Para mí, tener unos padres que vivían separados era algo casi natural. No los recuerdo viviendo juntos. Mi padre siempre andaba cerca cuando lo necesitábamos, pero nor-

malmente pasaba con él los fines de semana alternos. A mis hermanos y a mí nos parecía bien; todos nuestros amigos vivían cerca de casa de mi madre y los fines de semana nos gustaba jugar al aire libre: chutar latas, jugar a la guerra o a los *ninja* y trepar y saltar desde los tejados. Jugábamos todos juntos, excepto en esto último. Kris, mi hermana mayor, no quería saber nada. Pero podía obligar a Kelley, que era tres años más pequeña que yo, a que me acompañara. Estaba desesperada por encajar, así que nos subíamos al tejado y saltábamos. Ahora le daría a mi hijo un tirón de orejas si hiciera esas cosas, pero de niño no pensaba en el riesgo que entrañaban. Era simple diversión. Kelley fue mi mejor amiga durante años; incluso le hice firmar un contrato que nos vinculaba como pareja de *rugby* en los partidos dos contra dos que disputábamos en el patio de la iglesia. Era una excelente receptora y durante toda la universidad fue una deportista increíble.

Tom, mi hermano mayor, fue un gilipollas redomado hasta que empezó el instituto. Entonces, algo cambió y se volvió una persona estupenda. O quizá yo dejé de ser tan irritante. ¡A saber! Sucedió algo mágico y se convirtió en la persona más divertida que conocía, y era campeón estatal de campo a través. Aprendió a tocar la guitarra él solo y su primer grupo se llamaba The Fake ID's, «Los Carnés Falsos». Así de jóvenes eran. A día de hoy sigue tocando y tiene un programa matutino en una emisora local.

Kris siempre fue la más sensata de todos, aunque mi madre discrepa. Quizá se parecían demasiado y a veces saltaban chispas. Kris siempre fue tolerante conmigo, era fácil hablar con ella y nunca he conocido a nadie que se ría más. Era meticulosa, sacaba sobresalientes y era bondadosa... cuando no estaba propinándome una paliza, cosa que hizo hasta que entré en el instituto, y probablemente más tarde también.

Mi madre y mi padre mantuvieron una relación cordial y colaboradora durante mi infancia. Si había problemas importantes, nunca permitieron que mis hermanos y yo nos percatáramos de ello. En realidad, vivir separados fue bueno para mis padres. Mi madre trabajaba en la escuela de enseñanza media, que estaba al lado del institu-

to y le permitía llevarnos y traernos. Le encantaba ejercer de madre, pero cada dos fines de semana estaba libre para salir por la ciudad con Lynn y Sue, unas locas, divertidas y atractivas amigas. Las recuerdo sentadas a la mesa de la cocina de casa, tomando daiquiris y hablando de cómo había transcurrido el sábado por la noche. Aquello era demasiado para mis delicados oídos de alumno de secundaria. Yo estaba en la habitación contigua y tenía que salir de casa a hurtadillas porque no podía soportarlo. Fue mi primera misión.

Nos encantaba pasar los fines de semana alternos con papá. Era un solterón empedernido, pero no nos dábamos cuenta. Deberíamos haberlo adivinado, porque los viernes, nuestra primera parada era *siempre* Buttreys, una tienda de alimentación local. ¡Necesitábamos comida porque él no tenía! Casi siempre comía fuera. Así que recorriamos todos los pasillos y cogíamos lo que necesitáramos, sobre todo comida basura e ingredientes para el «famoso desayuno» de papá. Sus huevos revueltos eran y siguen siendo increíbles. Queso, mayonesa, mantequilla, albahaca y algunos ingredientes secretos. Una vez olvidamos comprar leche, así que añadió amaretto. ¡No lo intentéis! Siempre acabábamos el fin de semana en casa de los abuelos Tom y Audrey, que cocinaba como una campeona todo lo que podáis imaginaros. Y así fue como aprendí el truco de mi padre: ¡una montaña de patatas y un lago de salsa!

Cuando me acercaba a la adolescencia, mi padre y yo desarrollamos una inusual relación paterno-filial, casi como mejores amigos. Todo empezó cuando mi madre nos sacó de lo alto de la «colina», donde vivían todos mis amigos, y nos llevó al centro de la ciudad, cerca del foso de Berkeley, donde no conocía a nadie. Estaba buscando un sustituto para aquellas correrías *ninja* cuando vi el primer vídeo de Michael Jordan, *Come Fly with Me*. Me sentí cautivado al instante. Empieza con Jordan solo, realizando lanzamientos en un gimnasio completamente vacío. La voz en *off* dice: «No podía dejar de trabajar. Siento que cada día debo mejorar». Y, por supuesto, hay innumerables escenas de Air Jordan desafiando la gravedad y esquivando defensas como si no tuvieran más sustancia que la propia atmósfera.

Aquello fue una sorpresa y un motivo de inspiración. Yo no era el chico más corpulento ni el más guapo, ni tampoco el más inteligente o atlético, pero algo en mi interior conectó con ese impulso obsesivo de seguir esforzándose. Volviendo la vista atrás, supongo que siempre he sido así. Mi asignatura favorita era literatura inglesa, y mi libro de cabecera *El viejo y el mar*. Me gustaba cómo Santiago, el viejo pescador, emprende una titánica batalla de voluntades con el enorme pez. El sedal le ha destrozado las manos, tiene tanta hambre que se alimenta de trozos de cebo crudo, no ha dormido y nota calambres musculares, pero prefiere morir a tirar la toalla. Esa actitud me atrajo.

Yo no iba a pescar gigantescos peces espada en Butte, Montana, pero *podía* aspirar a ser como Mike. Había un colegio justo al lado de mi nueva casa, el Greeley Elementary, con una canasta de baloncesto al aire libre, así que le pedí a mi madre que me comprara una pelota. Iba cada día a jugar solo durante horas y probaba cuántos tiros libres seguidos podía encestar y trabajaba mi lanzamiento con suspensión, inclinándome hacia la izquierda y hacia la derecha. Mi padre, que por aquel entonces rondaba los cuarenta años, había jugado a baloncesto en la Universidad de Montana. Era un excelente jugador. Cuando descubrió lo que estaba haciendo, me dijo: «Eh, ¿quieres empezar a jugar?».

Practicábamos en un club deportivo del centro de Butte. Yo seguía lanzando a solas en la escuela primaria y luego mi padre me recogía y jugábamos en el club. Me pasaba cuatro horas diarias, siete días por semana, con una pelota de baloncesto en las manos o saliendo despedida de ellas. Cuando ingresé en el equipo del colegio, entrenaba con mis compañeros durante el curso y, al terminar, empezaba la temporada privada con mi padre, que iba a buscarme al colegio y me llevaba a la cancha cubierta. Practicábamos dos o tres horas: fintas, dejadas, uno contra uno y estridentes juegos de carga. Intentó enseñarme todo lo que había aprendido, trucos para despistar a tu oponente.

Cuando finalmente estábamos agotados, mi padre decía: «No podemos irnos hasta que uno de los dos enceste veinte tiros libres seguidos». Él me pasaba la pelota —me enfadaba si me hacía apartar

los pies un centímetro de la línea— y yo lanzaba hasta que fallara. Luego era su turno. La primera vez tardamos veinte minutos en enlazar otros tantos tiros libres. Luego fuimos a cenar bistec para celebrarlo. Al día siguiente, mi padre dijo: «Nos iremos cuando uno de los dos enceste veinte, pero necesitamos veinticinco para el bistec». Cuando conseguimos veinticinco, subió a treinta, luego a treinta y cinco, y luego a cuarenta. Llegó un punto en que teníamos que encestar setenta tiros libres consecutivos para ir a cenar, y casi siempre lo conseguíamos. Creo que el récord de mi padre estaba en noventa. El mío sigue siendo ciento cinco. Encestábamos muchos tiros libres.

Cuando tenía doce años, mi padre se divorció de su segunda mujer y mi tío Jack, su hermano, lo convenció de que probara la caza los fines de semana para no pensar en sus matrimonios fallidos. Por supuesto, yo lo acompañaría. Íbamos a la montaña en el Nissan de Jack. Al principio no sabíamos qué hacíamos. Allí arriba hay extensas llanuras con magníficos animales que corren a una velocidad endiablada. Los antílopes son el animal más rápido de Norteamérica. Gente montada en camionetas y todoterrenos los persigue y dispara en todas direcciones. Si lo viera hoy desde la perspectiva de un instructor de tiro del Grupo de Desarrollo Especial de la Armada, reconocería la increíble falta de seguridad. Pero era apasionante y al final se nos daba bien. Subíamos a pie hasta un lugar al que no pudieran llegar las camionetas, un lugar al que sabíamos que se retirarían los animales de madrugada. Hay que resguardarse del viento y dejar que se acerquen, cogerlos por sorpresa. Los animales se esperan una persecución, no una emboscada.

El primero que abatí fue un ciervo mulo, un macho de gran tamaño. Recuerdo que condujimos por aquellos terribles caminos de tierra en medio de la oscuridad, llegamos al borde de un valle y ascendimos una empinada pendiente cuando salía el sol. Más o menos al cabo de una hora, llegamos a la cumbre, que descendía hacia una hondonada del color del heno. Allí es donde esperábamos encontrar algún ciervo. No había ninguno. Esperamos un rato y la decepción por no encontrar nada a lo que disparar se desvaneció. Era finales de otoño, hacía frío, aunque no exagerado, había capas de nieve aquí y

allá, y pensé: «No está mal encontrarse en esta cima al amanecer, solos mi padre y yo, como si este lugar increíble hubiera estado esperando nuestra llegada».

Al final nos entró hambre. Cuando bajamos la montaña para almorzar, apareció una pareja de ciervos por detrás de los árboles en un claro situado a cien metros a nuestra derecha. Avanzamos haciendo un ruido que el macho no reconoció. Se quedó inmóvil en medio del claro. Mi padre iba delante, justo en la línea de fuego. Se echó al suelo y dijo: «¡Todo tuyo!». Por suerte, no tuve tiempo de pensármelo. Sabía que debía disparar en ese momento o se iría. La adrenalina se apoderó de mí. Todavía de pie, me apoyé la .300 Winchester Magnum en el hombro y, sin apenas haber visto al ciervo en la mira, apreté el gatillo. Mi padre me había dicho que le apuntara al pecho, justo detrás del hombro. Hay que intentar alcanzarle en los pulmones para que muera rápido. Disparé demasiado alto, un golpe de suerte. La bala le seccionó la columna vertebral. Funcionó. El ciervo se desplomó allí mismo. Nos acercamos con cautela. Esos ciervos de gran tamaño saben hacerse el muerto y no queremos que den un brinco y nos pisoteen. Extendí la pierna y lo empujé con el pie. La musculatura de la pata trasera se estremeció, pero, por lo demás, el animal permaneció quieto. Di otro paso hacia aquella cabeza de abultada cornamenta y le apunté al ojo con el rifle, el mismo modelo de rifle que acabaría utilizando como tirador de los SEAL. Estaba muerto.

Aquello fue un poco surrealista para mí. Era igual que hacía un momento, cuando estaba vivo: colores bonitos y cuernos nobles. Pero estaba muerto y lo había matado yo. Sentí una punzada de remordimiento. Era un animal hermoso que ahora se había ido gracias a mí. Pero también me sentí orgulloso. Aquello era Montana. Los ciervos estaban allí para ser cazados. Todo el mundo lo hacía. Ahora formaba parte del club.

En las temporadas de caza posteriores, cualquier remordimiento residual se esfumó. Pronto se convirtió en una competición cada lunes en el instituto: «Tal o cual ha matado a un ciervo». El verdadero premio era el ciervo macho. Siempre parecía que el tío mítico de al-

guien o un disparo milagroso del padre de alguien había abatido un ciervo de «seis puntas» (en el Oeste puntuamos diferente: se cuenta un lado de la cornamenta, no ambas. Un macho de «seis puntas» tiene doce en total). Es una criatura inmensa, rápida y esquiva. Pueden medir un metro y medio de alto sin contar la cabeza y pesar unos cuatrocientos kilos. Ninguno de nosotros había sido lo bastante bueno para matar a uno de esos machos. Algunos cazadores ni siquiera *habían visto* uno.

Cuando tuve la suerte de avistar uno y dispararle antes de cumplir los dieciocho, solo pude sentir orgullo.

En otoño de 1994, cuando cumplí dieciocho años, mi padre me presentó al primer SEAL de la Armada que he conocido. Se llamaba Jim y me impresionó nada más verlo. No era tan corpulento como habría imaginado a un SEAL —una observación que la gente hace sobre ellos continuamente—, pero era obvio que estaba en una excelente forma física. Llevaba un corte de pelo impecable y tenía porte militar. Sin embargo, lo primero que me llamó la atención fue su absoluta confianza en sí mismo. Lo segundo, que siempre se ponía el cinturón de seguridad. Allí estaba aquel duro SEAL de la Armada que no le temía a nada, pero la seguridad era siempre lo primero. Nunca había estado en Montana, pero pensó: «Armas y montañas, ¿qué dificultad puede entrañar?». Como corresponde a un SEAL, aceptó el desafío: pidió que alguien lo llevara al campo y se quedó tres días allí. Recorrió el infierno entero y no vio ni un solo ciervo. Cuando me enteré, le dije: «No se hace así. Yo conozco un sitio».

El trayecto era algo menos de kilómetro y medio, pero casi todo cuesta arriba, y todavía estaba muy oscuro. Normalmente caminaba lento y me detenía a respirar hondo un par de veces. Al acercarme a la cima, cada respiración parecía lija raspándome los pulmones, pero pensaba: «Este tío es un SEAL. No puedo comportarme como una nena. Tengo que caminar sin pausa».

Fue pisándome los talones todo el camino.

Cuando llegamos allí, nos topamos con unos cuarenta ciervos justo donde yo había pronosticado que estarían. No cazamos ninguno, pero, al volver, Jim me dijo: «Viendo cómo has escalado esa montaña a oscuras, deberías pensar en hacerte SEAL».

Me sentí halagado, pero no lo medité seriamente.

Hasta que el padre de mi ex novia me echó con cajas destempladas en plena noche.

El verano después de graduarme en el instituto, me pasaba doce horas al día, cuatro días por semana, paleando roca machacada en la enorme cinta transportadora de una mina de cobre, donde la oscuridad casi absoluta solo se veía atenuada por los haces de dos pequeñas linternas que llevaba en el casco. Pensaba que sería un buen trabajo para mejorar mi torso, un tanto escuálido, y tenía razón. Pero no había contado con que respiraría toneladas métricas de polvo de roca o con que me cagaría encima pensando en todos los trabajadores que se habían caído en la cinta transportadora y habían quedado convertidos en puré humano. En comparación, mi trabajo nocturno como repartidor de *pizzas* eran unas vacaciones.

Me planteé, aunque por poco tiempo, dejar la ciudad e ir a la facultad, si bien mi idea de marcharme era la Universidad de Montana en Missoula, a menos de dos horas por autopista. Llegado el momento, no sentí el impulso de hacerlo. O quizá no tuve valor. Cuando eres un niño de Montana, tienes la sensación de que adentrarse en el temible mundo exterior puede hacerte puré igual que la cinta transportadora. Montana Tech era la alternativa más segura. También tenía más posibilidades de entrar en el equipo de baloncesto. Había sido buen jugador en el instituto, pero con mi metro ochenta y cinco no era lo bastante alto para impresionar a nadie en la universidad. Planeaba dejarme la piel en el equipo de entrenamiento e intentar entrar. Todo fue bien. Disfruté y adquirí una buena forma. Físicamente. Mentalmente, estaba aquella chica.

Sé que no era solo eso. Acababa de terminar mi primer año de baloncesto universitario y me notaba quemado. No con el juego,

sino con el concepto de entrenamiento, entrenamiento, escuela y más entrenamiento. La monotonía probablemente no me habría afectado de no ser por la chica. Era incapaz de sacármela de la cabeza, y ella seguía en la ciudad. Podía encontrármela en cualquier sitio. No quería verme cada noche en un taburete de Maloney's bebiendo para olvidar. Podía imaginarme la lata que daría. Había llegado el momento de actuar.

Primero pensé en Ben y Jim, dos chicos un poco mayores a los que conocía de toda la vida. Se habían alistado en los Marines y habían realizado la instrucción juntos cuando yo todavía estaba en el instituto. Al volver a casa de permiso, eran supernovas que irradiaban confianza, con sus botas lustrosas y unos uniformes tan imponentes que parecía que pudieran cortar queso con los pliegues. Recuerdo que pensé: «Estos tíos podrían darle una tunda a cualquiera en esta ciudad».

Yo quería ser como ellos.

Ni siquiera me planteaba la posibilidad de entrar en combate, y mucho menos la de morir. Cuando era estudiante de primer año en el instituto, vi a gente que se había alistado en el ejército y volvió a despedirse de sus profesores antes de participar en la Operación Tormenta del Desierto. A mis catorce años no sabía gran cosa, así que pensaba que sería un conflicto con muchas bajas, igual que Vietnam, y que morirían todos. Luego vi la guerra por la CNN..., coser y cantar. Además, mientras barajaba la posibilidad de alistarme no estábamos en guerra y no acechaba ninguna en el horizonte. Creía que molaría llevar el uniforme y cantar llevando el paso.

Además, solo me iría unos años... y luego volvería a Maloney's con unas cuantas historias de la guerra para impresionar a los clientes habituales.

Un día de abril de 1995, fui a la oficina de los Marines, pero el reclutador no estaba. Recordé una divertida frase de mis amigos marines: «El Cuerpo de Marines en realidad forma parte del Departamento de la Armada, el departamento de los hombres». Por eso se me ocurrió entrar en la oficina de la Armada. Pensé que si alguien sabía dónde se encontraba el marine, ese era el reclutador de la Armada.

Físicamente no destacaba, pero era muy inteligente. Si hubiera ocurrido años después, habría sabido de inmediato por qué: llevaba pantalones caqui y anclas en el cuello de la camisa. Era suboficial de la Armada. Digan lo que digan, los suboficiales son los que permiten que la Armada funcione. Lo hacen con inteligencia, lealtad y experiencia. También pueden ser increíblemente mezquinos. Este suboficial tenía unos cupos que cubrir, lo cual no es tarea fácil en Butte, Montana, sobre todo cuando tu oficina se halla contigua a la de los Marines.

Me miró con escepticismo y dijo:

—¿Por qué quieres ser marine?

—Porque los marines tienen los mejores francotiradores del mundo —respondí—. Quiero ser francotirador porque cazo desde pequeño.

El suboficial se limitó a asentir y repuso:

—No busques más. En la Armada tenemos francotiradores. Lo que debes hacer es convertirte en SEAL de la Armada.

Yo ni siquiera sabía nadar, pero pensé: «Vale, soy un poco ingenuo, pero este hombre es reclutador profesional. ¿Por qué va a mentirme?».

Y no mentía. Del todo. Tan solo hubo una gran omisión: un chaval proveniente de un pueblucho tenía las mismas posibilidades de llegar a ser un SEAL que aquel reclutador de ascender a almirante. Así que, con una inconsciencia casi absoluta, firmé sobre la línea de puntos. Era un alistamiento diferido, lo cual significaba que disponía de seis meses antes de ir al campo de entrenamiento básico.

Por suerte. Podía sobrevivir en el agua, pero no sabía nadar. Nunca había intentado una dominada. Un folleto que acompañaba la documentación de reclutamiento revelaba que para llegar a ser SEAL debías poder realizar un mínimo de ocho dominadas. Y eso después de nadar quinientos metros y de hacer cuarenta y dos flexiones y cincuenta abdominales. Y antes de correr.

En ese mismo instante decidí dejar mi trabajo paleando roca molida y dedicarme por entero a ponerme en forma para la prueba de acceso a los SEAL.

Llevaba meses paleando roca, poniéndome fuerte. ¿Qué dificultad podía entrañar? Enfervorizado, fui corriendo a un parque situado cerca de casa de mi madre en el que había una barra de ejercicios oxidada. Quería ver en cuántas dominadas podía superar las ocho mínimas. Salté fácilmente desde la depresión de tierra que había debajo, me agarré a la barra con confianza y flexioné los brazos. ¡Una!

La gravedad me obligó a extender de nuevo los brazos. Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para seguir asiéndome a la barra. Mi cerebro ordenó frenéticamente al bíceps que volviera a impulsarme hacia arriba. El bíceps respondió: «Que te den por culo».

Las palabras se formaron tan claramente en mi cerebro que es posible que las pronunciara en voz alta: «¡Dios mío, qué difícil! ¡Tengo que mejorar en dominadas!».

Aun así, mi optimismo no se disipó por completo. Todavía. Luego fui a la piscina de la universidad. Por suerte, aún conservaba mi carné de estudiante. Decidí empezar con mil metros rápidos, que son cuarenta largos. Al final del segundo, me dolían los brazos y me daba la sensación de que iba a tener rampas en las piernas. Salí del agua no sin grandes apuros.

De acuerdo, era patético, pero no estaba derrotado. Cada día trabajaba para mejorar. Un día tuve la suerte de encontrarme en la piscina con un amigo del instituto que estaba preparándose para nadar en Notre Dame durante cuatro años. Cuando me vio avanzar penosamente por el agua, me preguntó:

—¿Qué haces *tú* aquí?

—Acabo de alistarme en la Armada —respondí—. Iré a la escuela de los SEAL. Allí nadan un kilómetro y medio cada día.

Se me quedó mirando y negó con la cabeza.

—Tío, no sabes dónde te metes. Hay un mil por ciento de posibilidades de que no lo consigas. Vuelve a la piscina.

Me enseñó algunas técnicas básicas de natación y trabajé duro para aprenderlas. Mi padrastro me fabricó una barra de dominadas en el sótano de la casa de mi madre. Bajaba allí, me ponía *Use Your Illusion* I y II de Guns N' Roses, subía el volumen al máximo y hacía una dominada tras otra.

No fui consciente de lo apropiado que era el título del disco hasta más tarde, pero sin duda estaba utilizando mi ilusión de poder convertirme en SEAL para motivarme. Empecé a comprender algo importante: si quieres mejorar en dominadas, haz más. Eso es todo. Y eso es lo que hice.

Un elemento a mi favor era que siempre había sido buen corredor. Tenía una ruta, una línea recta desde casa de mi madre, pasando por delante de la de mi mejor amigo y mi primo, hasta un semáforo que se encontraba exactamente a un kilómetro y medio. Siempre intentaba cubrir esa distancia en un máximo de seis minutos. En el semáforo, descansaba treinta segundos y volvía corriendo.

Cada mañana, siete días por semana, me levantaba e iba a la piscina a nadar unas horas, volvía a casa, descansaba, desayunaba, practicaba dominadas y salía a correr. Durante seis meses, ese fue mi trabajo a tiempo completo. Por la noche repartía *pizzas*.

Me lo pasé bien. Y me puse muy fuerte.

El domingo 28 de enero de 1996, llegué al centro de reclutamiento militar de Butte para incorporarme de manera oficial. Pero había un problema.

Había pasado cierto tiempo desde que firmé la documentación y casi había olvidado que en la avalancha inicial de papeleo había decidido contarle a la Armada de EE. UU. que había experimentado con la marihuana. Es cierto que solo la probé unas cuantas veces y, para ser sincero, ni siquiera me gustó, pero me hicieron sentirme como un pecador que debía arrepentirse. Si mi yo actual pudiera dar un consejo a mi yo de diecinueve años, sería este: «Relájate, chaval. La probaste hace un año; todo irá bien. No les digas nada. Nos ahorrará a todos mucho tiempo y tonterías. Mea en el frasco, firma los putos papeles y que empiece la aventura».

Pero no me habían dado ese consejo, así que mantuve una larga y dolorosa conversación con un hombre identificado como «el Comandante» en la que prometí que me arrancaría el hígado y me lo comería crudo antes de volver a fumar la hierba del diablo. Estoy seguro

de que él también tenía cosas mejores que hacer que hablar con un gamberro de dieciocho años procedente de Butte. Como, por ejemplo, ir a fumar en una pipa de agua. Total, que al final del día me permitieron incorporarme a la Armada de aquel hombre.

Todavía puedo verme jurando defender esta nación de todos sus enemigos, tanto extranjeros como nacionales. Llevaba una camiseta roja, muy elegante para un acto oficial.

Por alguna razón, la Armada me reservó una habitación de hotel cerca del centro de procesamiento. Al día siguiente me trasladarían al aeropuerto. Probablemente querían tenerme vigilado, cerciorarse de que no iba a echarme atrás. Era la primera vez que estaba solo en un hotel. Me encontraba sentado en una habitación diminuta y deprimente, con la bolsa de viaje encima de la cama, y pensé: «¿Por qué voy a pasar mi última noche en la ciudad cuando puedo ir a casa de mi madre?».

Así que, aquella noche, con mi familia y mi mejor amigo a mi lado, vi a los Steelers perder contra los Cowboys en la Super Bowl XXX. A la mañana siguiente vinieron todos a despedirme al aeropuerto Bert Mooney de Butte. Me sentí aliviado al descubrir a otro recluta en el mismo vuelo, un chico llamado Tracy Longmire. Había jugado al *rugby* en la misma universidad en la que yo practicaba baloncesto, y era un fiero al que alineaban tanto de atacante como de defensa. El físico lo acompañaba: tenía la cabeza rapada y era corpulento, tenía pinta de malo y unos ojos penetrantes. Pero no era malo en absoluto. Fue una presencia tranquilizadora desde que lo vi. Aunque solo me llevaba dos años, parecía un anciano sabio y era humilde, aunque podría haber mirado por encima del hombro a un chico ingenuo como yo, y una persona generosa que daba buenos consejos. Parecía estar de vuelta de todo y me alegré mucho de tenerlo allí. Cuando nos dirigíamos al avión, volví la cabeza para mirar a mi familia. Ellos se limitaron a observar sin decir nada. Finalmente, mi hermano Tom alargó el cuello y gritó: «¡Buena suerte, Rob!». Nunca lo olvidaré. En realidad, Tom estaba pensando: «Buena suerte si te largas solo de esta ciudad».

Ninguno de nosotros podía imaginar, soñar o tan siquiera alucinar que quince años después me enfrentaría a un loco, al hombre

más buscado del mundo, en el tercer piso de un complejo ultrasecreto situado en un país del que no había oído hablar y que, a consecuencia de ello, la gente abarrotaría las calles de Washington D. C. y Nueva York para lanzar vítores.

Buena suerte, Rob, desde luego. Buena suerte.